

EL MOTÍN

Año XXXVII

Madrid, Jueves 7 de Junio de 1917.

Número 23.

EL MOTÍN

PERIODICO SEMANAL
CON 8 PAGINAS Y CARICATURAS

Se publica los Jueves

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho a recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

Rosario de Acuña, la merecedora de todos los respetos por mujer y señora y de todas las admiraciones por digna, inteligente, culta y abnegada, dejó la aldea asturiana donde vive y vino al mitin celebrado el día 27 del mes último, dispensándose el honor de escribir el día antes de marcharse el siguiente notable artículo para EL MOTÍN:

Ráfagas de huracán

El sol esplendente en un cielo azul, diáfano, caldeaba el redondel de la Plaza de Toros de Madrid. Era el 27 de Mayo de 1917, tercer año de la Revolución del Mundo, llamada guerra europea.

Todo el caso se iba llenando de gentes que trepaban por los tendidos y gradas, andanadas y palcos, y cuajaban el redondel que, hasta la misma barrera, estaba lleno de sillas. Sobre el toril, ese toril blasón de la crueldad, de la brutalidad y el salvajismo de la patria, se alzaba un tablado amplio, gualdrapeado con el oro y la sangre de la bandera española, acaso la única vez en su sitio, puesto que tapaba aquel escarnecedor encerradero de fieras.

¡Un tablado...! El solio de las picotas, de las coronaciones, de las retractaciones, de las calificaciones, de los arósto-lados, de los polichinelas, de los embaucadores, de los verdugos y de las víctimas, de los escarnecidos y de los exaltados... El solio á donde quieren subir todos los hombres y todas las mujeres, todas las castas, todas las razas, para revestirse en él de poderes, de mandos, de dominio, y donde, á veces, suben hombres, mujeres, castas y razas, verdugos y víctimas, para ser arrojados en pedazos á los pueblos por ellos envilecidos ó escarnecidos.

Aquel tablado brillaba al sol como un rubí engastado en un aro de hierro.

El barandal de la andanada se salpicaba con cartelones blancos, con letreros muy pequeños; parecían tener miedo de mostrar, con letras grandes, el recuerdo sangriento de nuestros marinos destrozados por la metralla, sumergidos en el Océano ennegrecido por el humo de las bombas; no surgían los signos grandes, abarcadores de todo el redondel, señalando á nuestras pobres naves, esmirriado patrimonio de nuestra raquítica potencialidad marítima, pero que llevaba cada uno un pedazo vivo del alma española.

Por acá y por allá, en la baranda, surgían banderas rojas, venidas del Oeste, del Sur, del Este y el Norte; notas agudas de valor y energía, que andan solitarias en villas y aldeas, sin cohesión, sin ideal determinado; queriendo ir, sin saber á dónde; sin fin preconcebido, como toda obra humana ha de tenerle; sin el aliento de firme voluntad que el poeta pedía para su espíritu... las banderas no flameaban, se estaban quietecitas, allá arriba, mientras los que cobijaba su sombra se miraban recelosos, murmurando rencorillos y envidiejas... (las grandes envidias no son negativas), enemistades de viejas, que, cuando se enrabian, no hacen otra cosa que echar escupitinajos por las desdentadas encías...

Sonó el clarín... digo, no; se agitó un pañuelo que parecía un *vilano* de Agosto volando, indeciso, sobre un campo de amapolas.

Una mesnada de jóvenes, muy jóvenes, andaba de acá para allá componiendo desafueros de impaciencia; parecían ser jóvenes valientes, fuertes, decididos; resultaban profundamente simpáticos, honradamente estimables. ¿Traerán algo dentro? ¿Podremos decir á las jóvenes patriotas que empiecen á tejer ya coronas de laurel y mirto?...

En la muchedumbre de la Plaza, que rugía, se hizo un silencio de cementerio... Había muchas mujeres, pero callaban también. A pesar del destino á que la mayoría de los hombres españoles (mucho más euducos PER SE que PER ACCIDENS) condenan á las mujeres, que es á ser *amas de llaves*, *amas de curas*, *amas de peripatéticas*, y *amas de cría*, aquellas de la Plaza supieron callar en el momento solemne poniendo á tono sus almitas de *mitad de la especie humana* á donde las lleva su destino secular, no circunstancial, de racionales, y á donde las dejará instaladas definitivamente la Nueva Edad de la Humanidad, que ya clarea.

Todo era silencio y calma; del tablado brotaban palabras, palabras y palabras... Las primeras salidas de aquella altura, brotaban del corazón limpias, seguras, como aliento de un cerebro no perturbado por remordimientos ni por ambiciones... después...

Debajo del tablado, en otro campo rojo, formado por mesas, se agitaban ma-

nos, trazando aquellas palabras que surgían arriba, y que llevaría más tarde el papel á todos los ámbitos; aquellas manos del tecnicismo de un arte admirable, eran sevidoras de otro arte, admirable también, el arte de sobrenadar, por encima de las espumas de todas las podredumbres, con la ropa seca, la carne inficionada y llevando la corrupción hasta el último rincón de la patria.

Las palabras seguían sonando. De pronto se oyó un rumor; los pliegues de las banderas se agitaron; la bandera española, clavada encima, como debe estar siempre, de todos los palcos presidenciales; se extendió rígida, como plancha de acero dispuesta al aplastamiento... Un remolino con vaho de *simon* y respiración de galerna se metió en el redondel.

¿De dónde venía?... De allá, del mar jónico, de la cima latina, donde se revuelve la libertad contra uno de esos tiranuelos que la estultez de los pueblos tolera por amos; aquel aire atravesaba todo el Mediterráneo, recogía ecos de la *Marsellesa* del 93, y acordes del himno de Garibaldi; traía también los crujidos del bambolear del cimborrio del Vaticano, cuya vida debe estar ya contada en el reloj del Destino.

Por el Sur venía aire de Africa, de Marruecos... del Barranco del Lobo... Traía gritos de dolor y maldiciones. Por el Norte soplaban otra o'ra de tempestad; la empujaba el vigor de unas razas puestas en pie hacia la socialización de la tierra, la equivalencia de derechos y deberes entre las mujeres y los hombres, el acabamiento de todo poder dictatorial (responsable ó no), de todas las dinastías; el grande, avasallador impulso de las ciencias positivas con su METAFISICA DE LA RAZÓN que ha de levantar á la especie humana á un plano superior, en donde empezará á esbozarse la super-humanidad de los remotos futuros siglos... aire saturado de las más extensas, intensas, é inagotables fecundidades de progreso y justicia. Y de allá, de la rivera opuesta del Atlántico, del Oeste, venían los sacudimientos arrastrando una gigantesca evolución del materialismo al espiritualismo, evolución que, al pasar sobre Portugal, parecía recoger, de sus paradisíacos vergeles, el alentar divino de la raza Ibérica, cuya enseña levantan hoy los lusitanos; y estos soplos enardecedores, venían á cambiar la vida por la *gamella*, en la vida por la *libertad*, por la *pas*, por la *ciencia*, por la *conciencia* y por el *amor*; desmenuzando el odio, para siempre, en el sombrío ayer de la ancestralidad.

Banderas y muchedumbre se agitaron estremecidas... Del tablado seguían saliendo palabras y palabras. De gradas á tendidos, de palcos á redondel, las corrientes telúricas iban dejando caldeadas las mentes, rebosantes de sangre los corazones, sacudidas las médulas, tembladoras las bocas que gritaban alaridos esperanzados y apóstrofes exterminadores... La multitud rugía, las banderas fla-